

dad, concédeme que me haga pequeñuelo, á imitacion tuya, para que participando de esta pequeñez que escogiste en esta vida, llegue á participar de la grandeza que tienes en la otra por todos los siglos. Amen.

MEDITACIONES

DEL ÚLTIMO Y SOBERANO BENEFICIO DE LA GLORIA.

—Con las meditaciones de la gloria daré fin á este libro: porque ella es el último fin de nuestra vida y de los demás beneficios divinos, que son medios ordenados por la divina Providencia para alcanzarla, entre los cuales uno muy eficaz es, suplicar á nuestro Señor nos dé ojos de fe muy esclarecidos, para verla y contemplarla, al modo que los dió á san Juan cuando dijo: *Vi la santa ciudad de Jerusalem nueva, que bajaba del cielo adornada por Dios, como esposa para su esposo: y luego oí una grande voz que salía del trono y decía: Veis aquí la morada de Dios con los hombres* (1). Ó Dios eterno, que haces bajar del cielo la celestial Jerusalem, dando noticia de ella á los que viven en la tierra, esclarece los ojos de mi alma, para que conozca la soberanía de esta ciudad, su grande santidad, su vista de paz, su novedad nunca oída, su adorno maravilloso, y el desposorio inefable que contigo tiene. ¡ Oh si sonase en mis oídos la voz de tu inspiracion, que me dijese: Mira la morada de Dios con los hombres, descubriéndome la belleza de esta morada, y la union que tienes con tus dichosos moradores! Ea, Esposo dulcísimo de las almas, muéstrame tu rostro porque es bello, háblame con tu voz porque es dulce, y descúbreme los bienes que me prometes, para que me anime á pretenderlos, de modo que los alcance para gloria de tu santo nombre. Amen (2).—

MEDITACION LI.

DE LA GLORIA CUANTO AL ESTADO, LUGAR Y COMPAÑÍA DE LOS BIENAVENTURADOS.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar en comun qué cosa es gloria, paraíso y bienaventuranza, la cual, como dicen los teólogos (3), es un estado perfecto en quien se juntan todos los

(1) Apoc. XXI, 2.—(2) Cant. II, 11.—(3) D. Thom. 1, 2, q. 3 et seq. q. 82, addit.

bienes, ó es un estado eterno, seguro é inmutable, libre de todos los males de culpa y pena que se pueden temer, y lleno de todos los bienes de naturaleza y gracia que se pueden desear; y así *aquel es bienaventurado*, como dice san Agustin, *que tiene todas las cosas que quiere, y no quiere cosa mala* (1). Esto se puede fácilmente ponderar, discurrendo por los males que tengo ó imagino que me pueden suceder, y por los bienes de cuerpo y alma que razonablemente puedo desear, quitadas las imperfecciones de este estado en que vivimos, y en su lugar poniendo estas cuatro excelencias.—La primera es, eternidad, porque ha de durar cuanto durare Dios, cuyo reino no tendrá fin (2).—La segunda es, seguridad de que será eterno, porque saben los Santos que ni puede haber culpa porque Dios se le quite, ni mudará el decreto que ha hecho de no excluirlos jamás de su cielo.—La tercera es, inmutabilidad, porque la gloria esencial nunca se menoscabará, ni el gozo se disminuirá, antes se aumentarán á menudo nuevas glorias accidentales que la harán muy mas amable.—La cuarta es, hartura sin fastidio; de modo, que la inmutabilidad sea sin tedio, y el descanso sin cansancio de gozarle con una continua novedad en el gusto, como el primer día que comenzó.

2. Estas propiedades se irán ponderando en cada punto: ahora en general puedo ponderarlas, comparando este dichoso estado con el estado de esta vida mortal, en el cual, por muy próspero que sea, hay falta de muchos bienes y mezcla de muchos males, y es estado temporal, mudable, inquieto, lleno de tédios y fastidios. Por lo cual Cristo nuestro Señor dijo á sus discípulos: *No queráis allegar tesoros en la tierra, donde la herrumbre y la polilla los destruye, y los ladrones escalan la casa y los roban. Atesorad en el cielo, donde no hay peligros* (3). En las cuales palabras pone la diferencia que hay entre los tesoros de la tierra y del cielo: que aquellos son perecederos, y con efecto perecen por una de tres causas: ó porque se gastan con el uso, como los manjares; ó porque de su interior nace algo que los destruye, como perece el vestido por la polilla que de él procede; ó porque alguna causa exterior nos lo quita, como los ladrones, y los que por engaño ó calumnia se alzan con ellos. De donde resulta, que quien tiene puesto su corazon en estos tesoros, está sujeto á mil zozobras y amarguras.

3. Pero los tesoros del cielo son incorruptibles y eternos por todas vías; porque no se menoscaban con el uso, sino con la entereza

(1) Lib. 13 de Trinit. c. 4 et 5.—(2) Luc. I, 33.—(3) Matth. vi, 19; Luc. XII, 33.

que comenzaron durarán por toda la eternidad, sin marchitarse ni envejecerse. No puede nacer de ellos polilla de culpa que los consuma, y el vaso en que están, aunque de su cosecha es de barro quebradizo, está fortalecido con la divina Omnipotencia, sin que pueda quebrar: no pueden ser robados con violencia ni por engaño, porque en el cielo no pueden entrar ladrones ni tentadores, como dijo san Juan (1). Y aunque los tesoros de la gracia y virtudes corren estos peligros en esta vida; pero hay esta diferencia entre estos tres tesoros, que los temporales pueden ser destruidos mal que nos pese; los espirituales de la gracia solamente consintiendo nosotros por nuestra culpa, mas no contra nuestra voluntad; pero los de la gloria de ninguna suerte, ni es posible querer carecer de ellos. Ó alma mía, si deseas verdaderos tesoros, desprecia los primeros con fe viva, procura los segundos con diligencia, para que goces de los terceros con seguridad. ¡Oh dichoso estado, que con tales tesoros está enriquecido! Ó Sabiduría divina, que eres para los hombres tesoro infinito (2), del cual los que usan bien, participan la amistad de Dios; dame parte de este tesoro de tu gracia, para que alcance los infinitos tesoros de la gloria. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—1. Descendiendo á lo particular de la gloria, se ha de considerar ante todas cosas la excelencia y belleza del cielo empireo, y de aquel mundo superior que crió Dios para morada de sus escogidos, el cual está libre de todos los males y defectos que hay en este mundo inferior, que se llama valle de lágrimas, por estar lleno de innumerables cosas que nos provocan á llorar continuamente, y de todas está vacío el cielo, á donde, como dice san Juan, no habrá ni una sola lágrima, porque no habrá ocasion de ella (3); pero juntamente tiene todos los bienes que hay en este mundo visible, quitadas sus imperfecciones, y con grandes ventajas. Y así, cuando dice san Juan, que sus plazas son de oro claro como vidrio, sus muros adornados con piedras preciosas, sus fundamentos y puertas de margaritas y perlas de inestimable valor (4), todo esto es pintura, por no haber acá cosa mas preciosa á que comparar lo que hay en el cielo, en cuya comparacion es como pintado lo que hay en la tierra, como dice el apóstol san Pablo, *ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni en corazon de hombre pudo haber cuán grandes bienes tiene Dios aparejados para los que le aman* (5); los cuales exceden incomparablemen-

(1) Apoc. xxii, 13. — (2) Sap. vii, 14. — (3) Apoc. vii, 17.

(4) Apoc. xxi, 18. — (5) I Cor. ii, 9; Isai. lxiv, 4.

te á todas las cosas que perciben los sentidos, y los discursos que proceden de ellos.

2. Pero particularizando lo que toca al cielo empireo, ponderaré cuatro excelencias de este lugar.—La primera, que es clarísimo, sin que jamás haya en él tinieblas, ni noche, sino un perpetuo día, con una luz apacible, celestial y divina, porque el mismo Dios es su sol, y le alumbra con una claridad digna de Dios; y el Cordero, que es Cristo nuestro Señor, con el resplandor de su sacratísima humanidad le esclarece y llena de alegría.—Lo segundo, es lugar templadísimo, sin la variedad de tiempos que acá nos molestan, porque no hay inviernos, ni estíos, ni otoños, ni calores, ni sequedades, ni humedades, sino un temple uniforme y tan divino, que no cansa ni enfada; y así es lugar quietísimo y sanísimo, porque no llegan allá tempestades, ni terremotos; ni truenos, ni rayos; ni pestilencias, ni aires corruptos, ni maldiciones de esta miserable tierra, porque es tierra de bendicion muy cumplida, y tierra propiamente de vivos, donde no puede llegar ni aun lo que es sombra de muerte.—Lo tercero, es lugar seguro, durable y eterno, sin temor ni recelo de que se acabará ó arruinará, ni puede entrar allá cosa que le turbe, inquiete ó desmorone su entereza, y así en todos habrá perpetua quietud, serenidad y suavidad perfecta.

3. Finalmente, es lugar hermosísimo, amenísimo y deleitable, incomparablemente mas que todos los lugares deleitables y apacibles de esta vida, mucho mas que el paraíso terrenal, que se llamó paraíso de deleites, porque es lugar diputado, no para buenos y malos, ni para peregrinos y viandantes, sino para solos buenos, y para premiar á los escogidos que han trabajado fielmente en servicio de su rey. Pues si tantos bienes puso Dios en este mundo visible, lugar comun á los hombres y bestias, á justos y pecadores, ¿qué bienes, qué deleites, qué riquezas habrá puesto en el lugar comun á hombres y Ángeles, pero propio de solos justos? ¡Oh lugar dichoso y bienaventurado! oh paraíso de deleites inefables, y morada digna de nuestro Dios! ¡Oh cuán amables son tus tabernáculos y moradas, Señor Dios de las virtudes! mi ánima los desea, y por la grandeza del deseo desfallece, pensando en estos palacios de mi Señor (1). ¡Oh! ¿cuándo tengo de morar en ellos gozando de su hermosura? Cerraos, ojos míos, y no mireis lo que hay en la tierra, porque todo es vileza, respecto de lo que veréis en el cielo.

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar la belleza y

(1) Psalm. lxxxiii, 2.

excelencia de los ciudadanos de aquella soberana ciudad, en cuya compañía espero vivir. Ponderando, lo primero, como el número de ellos es sin número; pero de tal manera, que con ser innumerables, todos se conocen y conversan unos con otros, con tanta familiaridad como si fueran pocos, lo cual es materia de grande gozo. De solos los Ángeles, dice Daniel, que millares de millares asistian delante de Dios, y diez veces cien millares le servian (1), y de los hombres, dice san Juan, que era una multitud tan grande, que ninguno la podia contar (2); porque aunque es verdad que su número es pequeño en comparacion del infinito número de los condenados (3), y por esto dijo Cristo nuestro Señor, que era estrecha la puerta del cielo, y que pocos entraban por ella (4); pero absolutamente son muchos, y por eso dijo, que en la casa de su Padre habia muchas moradas (5), moviéndonos con lo primero á temor, y con lo segundo á confianza de alcanzar lugar donde tantos le han de hallar.

2. Lo segundo, la calidad de estos ciudadanos es gloriosísima, todos son nobilísimos, santísimos, sapientísimos, prudentísimos, afabilísimos y eminentísimos, en todas las partes que se pueden desear, de condicion, complexion, cortesania, discrecion, y de toda virtud, porque no puede entrar allí demonio, ni pecador, ni persona que esté manchada (6) con resabio de culpa ni de otra imperfeccion. Todos son lirios sin espinas, grano sin paja, trigo sin zizania, porque las espinas, paja, zizania se quedan fuera del cielo para cebo del fuego del infierno. Pues si tanto gusto recibo en conversar con un hombre sabio, discreto y santo, ¿qué gusto recibiré en tratar con tantos y tan grandes en sabiduria, discrecion y santidad?

3. Lo tercero, el orden con la variedad que tienen es admirable, porque no son todos iguales en las partes que se han dicho, sino como las estrellas del cielo son diferentes en la claridad y grandeza (7); así ellos tienen gran diversidad en su hermosura y claridad celestial, pero con sumo concierto y orden en sus grados. Hay tres jerarquias y nueve coros de Ángeles, Arcángeles, Principados, Potestades, Virtudes, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines, diferentes en las naturalezas y en los dones de la sabiduria y gracia, con una belleza indecible. Y entre ellos están los hombres mezclados con sus coros, y algunos sobre todos ellos, porque les exceden en la santidad. Hay coros de Patriarcas y Profetas, de Apóstoles y Evangelistas, de Mártires y Confesores, de Pontífices y Docto-

(1) Dan. vii, 10. — (2) Apoc. vii, 9. — (3) Eccles. i, 15. — (4) Matth. vii, 14.
(5) Joan. xiv, 2. — (6) Apoc. xxi, 27. — (7) I Cor. xv, 41.

res, de Sacerdotes y Religiosos, de Vírgenes y Viudas, y de otros estados, todos con sumo concierto, de modo que podemos decir de ellos aquello de los Cantares: ¿Qué veréis en las Sunamites, sino coros de guerreros (1)? Ó ciudad pacífica, esposa del pacífico Salomon, ¿qué otra cosa hay en tí sino coros de Santos, que cantan con alegría, y fueron guerreros con gran fortaleza, y ahora gozan la paz que ganaron con su victoria? ¡Oh quién pudiese pelear como estos valerosos soldados pelearon, para que mereciese vivir siempre en su dulce compañía! De aquí sacaré un deseo de servir á Dios con la mayor excelencia que pudiese; porque si puedo llegar al coro de los Serafines, no tengo de contentarme con otro menor, sino comprar, como este Señor dice, oro encendido y muy probado (2), para amar con gran fervor y pureza al que es digno de infinito amor.

4. Lo cuarto, sobre todo campea la union de tanta muchedumbre, con tanta variedad, la cual union es estrechísima y amabilísima, porque todos se aman con un amor ardentísimo en Dios, con suma conformidad de sus voluntades, sin encuentros, ni pleitos, ni ambiciones ó envidias. Los mayores aman tiernamente á los menores, y les desean dar cuanto pueden. Los menores aman intensamente á los mayores, y se gozan del bien en que les exceden. El bien de uno es bien de todos, y el bien de todos es bien de cada uno; porque cada uno toma por suyo el bien del otro, y se goza de él como si fuera suyo, por la eminencia de su caridad; todos comen á una mesa de la Divinidad, beben de una copa celestial, tienen unos mismos ejercicios, sirviendo á un mismo Dios con un mismo espíritu; porque Dios está en todos, y es todas las cosas á todos (3), uniéndolos entre sí mismos y consigo mismos. ¡Oh compañía bienaventurada, en la cual ni la multitud confunde, ni la grandeza envanece, ni la variedad turba, ni la desigualdad causa desunion, ni entibia el amor! Ó alma mía, si te agrada tan dulce compañía, procura desde luego imitar las virtudes que ves en ella. Sigue su obediencia, cumpliendo la divina voluntad en la tierra, como ellos la cumplen en el cielo; imita su fraterna union y caridad, amando á todos los prójimos como á hermanos, y teniendo paz con todos ellos. Sujétate á los mayores, honra á los menores, gózate del bien de todos, y con esto imitarás en la vida á los que desean imitar en la gloria.—Estos son los principales frutos que he de sacar de este punto, pidiendo á nuestro Señor me los conceda, por los merecimientos

(1) Cant. vii, 1. — (2) Apoc. iii, 18. — (3) I Cor. xv, 18.

tos de estos nobilísimos ciudadanos, á los cuales tambien he de pedir lo mismo, diciéndoles: ¡Oh Santos bienaventurados, que os vísteis en los peligros en que yo me veo, y gozais ya de la quietud que yo deseo! ayudadme con vuestras oraciones, para que imite vuestras virtudes, y llegue á tener parte en vuestras coronas, gozando de vuestra compañía por todos los siglos. Amen.

MEDITACION LII.

DE LA GLORIA ESENCIAL DEL ALMA Y DEL CUERPO CON SUS SENTIDOS.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar la grandeza de la gloria que es propia del alma y la hace enteramente bienaventurada, la cual es tan grande, que, como dice santo Tomás (1), no pudo darla Dios otra bienaventuranza mayor, por encerrar en sí al mismo Dios; y así consiste en que toda estará como endiosada, llena de Dios, y hecha un Dios, por participacion eterna é inmutable, uniéndose Dios con ella como el fuego suele apoderarse del hierro, y penetrarle, comunicándole su luz y resplandor, su calor y las demás propiedades que tiene, de modo que parece fuego. De donde resulta, que el alma queda harta y llena de todo el bien que desea, conforme á lo que dice David: *Quedaré harto, cuando se me descubriere tu gloria* (2). Esto se puede ponderar, discurriendo por las tres potencias espirituales del alma.—La memoria entrará en las potencias del Señor (3), y se engolfará en el abismo de su divinidad, acordándose de sola su justicia. Estará llena de Dios, teniéndole siempre presente, sin poderse olvidar de él, ni divertirse en otra cosa. Acordaráse continuamente de los bienes que ha recibido y recibe, y espera recibir con sumo gozo, sin olvidarse jamás de lo que tanto gusto le causa, ni acordarse de cosa que le dé pena; porque si se acuerda de los trabajos y peligros de esta vida, y de los pecados que hizo, de todo saca gozo y alegría, y motivos de continuas alabanzas á Dios, dándole continuas gracias por los beneficios que le ha hecho, hace y hará sin fin; cumpliéndose lo que dice David: *Brotarán tus alabanzas con la memoria de la abundancia de tu suavidad, y se alegrarán con tu justicia* (4), acordándose cuán justo y fiel has sido con ellos, cumpliéndoles todo lo que les habias prometido.

(1) D. Thom. q. 82 addit.; 1 p. q. 25, art. 6 ad 3. — (2) Psalm. lvi, 15.
(3) Psalm. lxx, 16. — (4) Psalm. cxliv, 7.

2. El entendimiento estará lleno de Dios, con la vista clara de su Divinidad y Trinidad. Allí verá sin figuras ni enigmas (1) rostro á rostro á todo Dios, al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo; y como el Padre engendra al Hijo, y los dos producen al Espíritu Santo, y los tres son un Dios infinito, eterno, inmenso é incomprendible: verá todas sus divinas perfecciones, su infinita bondad, sabiduría, caridad, omnipotencia y providencia. Verá los soberanos misterios de la encarnacion del Hijo de Dios, de su sacratísima humanidad, y las obras maravillosas que Dios ha obrado de naturaleza y gracia; de modo que cesen las ignorancias, errores, dudas y opiniones que acá tenia. Cesará la fe, porque verá lo que creyó; y la esperanza, porque poseerá lo que esperó; y en especial verá claramente los secretos juicios de Dios, que acá le daban pena en el gobierno de los hombres; y mas particularmente verá los secretos inmensos de la providencia paternal con que Dios le gobernó y encaminó su salvacion, para que tuviese efecto; los peligros de que le libró, y los beneficios ocultos que le hizo, dándole con esto motivo de sumo gozo. Finalmente, allí se hartará el deseo insaciable que los hombres tienen de saber, viendo á Dios, en quien están todas las cosas, y alcanzarán por un modo inefable lo que la serpiente dijo en el paraíso, que es ser como dioses que saben de bien y de mal (2), gozando de lo bueno, sin tener parte en lo malo.

3. La voluntad estará llena de Dios, unida con su divinidad con una union de amor que sea perpetua, continua, entrañable y amigable, con todos los géneros y títulos que hay de amor santo; porque todos caben en Dios claramente visto, á quien amará como á padre, amigo, esposo, bienhechor infinito, bien sumo, primer principio y último fin suyo. Y de este amor resultará un rio continuo y perpetuo y caudalósimo de deleites, del cual beberá y se embriagará (3); y estará toda engolfada dentro de los infinitos gozos de su Señor (4). De aquí es, que el alma estará llena de todas las virtudes, ejercitando sus actos con sumo deleite.—La obediencia obedecerá á Dios con gran gozo.—La humildad se le rendirá con amoroso reconocimiento.—La Religion le dará su culto y adoracion con grande reverencia, y la gratitud continuo agradecimiento con júbilos y cánticos, y aleluyas perpetuas; porque allí no habrá pasiones ni contradicciones, ni cosa que estorbe ó entibie la variedad de estos gustos, los cuales serán tan divinos, que no pueden ser conocidos

(1) I Cor. xiii, 12. — (2) Génes. iii, 5. — (3) Psalm. xxxv, 9.
(4) Matth. xxv, 21.